José María Merino

EL MUNDO DEL SILENCIO

La descubrí yo: estaba entre los cantos del fondo de la poza, a unos tres metros de profundidad. Al principio sólo me llamó la atención aquella forma irregular que destacaba entre el conjunto homogéneo de las piedras redondeadas, pulidas. No conseguí llegar hasta ella, porque además de la profundidad, en aquel lugar la corriente del agua tenía mucha fuerza, pero sucesivas inmersiones me permitieron acercarme más y distinguir su figura con mayor claridad. Entonces pensé que se trataba de la cabeza de algún animal extraño que asomaba del fondo acaso a la espera de una presa: ojos feroces enmarcados en profundos arcos, largo hocico proyectado en un gesto agresivo, un par de colmillos en la gran boca abierta. Llevábamos muchos días escudriñando las formas vivas del río, las truchas, las culebras, los cangrejos, los pequeños gusanos que vivían debajo de las piedras, y cuando estuve seguro de su apariencia de ser vivo se lo conté a Rodrigo.

- Un bicho muy raro, parecido a esas morenas que se ven en los libros -dije.

Rodrigo me miró con el desdén habitual que solía dedicarme, chascó los labios como anticipando la falta de fundamento de mi visión, y luego se zambulló, pero cuando emergió otra vez se mostraba bastante agitado.

- Claro que ahí hay un bicho raro, un bicho rarísimo- decía.

Salió del río y se quedó observando el agua con mucha atención. Por fin dijo que, antes de intentar acercarse más, lo mejor era buscar un palo y tocarlo con él, no fuese a ser peligroso.

La identificación del bulto nos tuvo entretenidos durante buen rato. Por fin nos sentimos seguros, pues si era un animal no parecía estar vivo, y nos empeñamos en sacarlo. Estuvimos mucho tiempo buceando sin llegar a él, cada vez más cansados, hasta que a Rodrigo se le ocurrió tirarse a favor de la corriente con un par de grandes piedras en las manos y pudo llegar al fondo y agarrarlo. Le ayudé. Cuando lo sacamos fuera, comprobamos que era una cabeza de piedra tallada. El verdín, incrustado en las muescas que formaban los arcos supraciliares, los cañones del hocico, el hueco de las fauces, le daba aspecto de cosa viva.

- Es la cabeza del dragón- exclamó Rodrigo.

Era el segundo año que veraneábamos en aquel pueblo y en nuestra mutua compañía no había otra causa que la soledad y el aburrimiento. Rodrigo tenía quince años, dos más que yo, y durante el curso, cuando estábamos en la capital, si nos cruzábamos en la calle o nos encontrábamos en algún cine hacía como que no me conocía. Pero lejos de la capital, de sus amigos y compañeros de clase, no le quedaba más remedio que estar conmigo, aunque su superioridad inquebrantable fuese para mí tan molesta como al parecer lo era para él mi inevitable puerilidad. Nuestros padres se iban a trabajar a la capital los lunes, en el tren de madrugada, y el tren los devolvía al pueblo el sábado por la mañana. El verano transcurría lento, sin otras diversiones que los baños en el río y alguna excursión al monte, cuando el sol iba aplacando su fuerza. También nuestras madres salían juntas, con los pequeños. Llevaban la merienda al soto, tejían, leían revistas y novelas, hablaban de la vida en la ciudad.

Durante el verano permanecíamos allí dos meses: el aire era muy sano y el agua finísima, decían los mayores, y magníficas las verduras, y la leche, pero no había cine, ni un futbolín, ni un quiosco para comprar tebeos, sólo unas cuantas callejuelas empedradas, cagadas de vacas, ovejas y burros, flanqueadas de corrales donde cloqueaban las gallinas y gruñían los cerdos, que allí les llamaban gochos.

Me parece que Rodrigo y yo nos soportábamos, sobre todo, por el gusto compartido del buceo. Ya el primer año habíamos coincidido en las pozas del río con nuestras gafas de goma, unas gafas muy primitivas, con cristales vagamente triangulares encastrados simplemente en una hendidura del armazón, pero que permitían ver con claridad debajo de aquel agua tan transparente. No protegían la nariz, pero conseguíamos la necesaria estanquidad nasal con una pinza de la ropa.

Por aquellos años empezaban a divulgarse las exploraciones submarinas del comandante Cousteau, inventor de un artefacto que había sustituido el pesado equipo de los buzos tradicionales, y Rodrigo, que conocía el asunto mucho mejor que yo, me daba largas explicaciones sobre las maravillas que el invento, la "escafandra autónoma", había permitido descubrir en lo que empezaba a ser conocido como *el mundo del silencio*. Hablábamos al anochecer, paseando sin rumbo por las calles hasta la fron-

tera de los huertos, o sentados en un poyo de la única plaza del pueblo, un pequeño espacio entre los edificios modestos del ayuntamiento y de la iglesia, alzado el uno frente al otro. Allí encontrábamos a veces al señor Santos, el pregonero –también era experto en encontrar agua y conocía cómo curar ciertas enfermedades de los animales- que nos trataba con una afabilidad que a mí me hacía sentir tan mayor como si fuese Rodrigo.

El señor Santos conocía todo sobre las cosas del pueblo y nos indicó unas cuantas pozas del río que fuimos explorando. También fue él quien nos habló del Torreón como si se tratase de una joya arquitectónica comparable en mérito con la catedral gótica, la basílica románica o el convento plateresco de nuestra ciudad, y además más antigua. "El Torreón es la cosa más antigua que hay", afirmaba con rotundidad, y aunque sabíamos de sobra la verdad le dejábamos hablar sin poner objeciones a la exaltación de su orgullo local. Hacía años que había pleito entre el municipio y una familia de la capital sobre la propiedad del edificio, y para apoyar sus pretensiones el alcalde del pueblo había ordenado comenzar ciertas obras de consolidación, rodeando la gran torre con unos andamios en que, de vez en cuando, un par de hombres iban sujetando con cemento las piedras que amenazaban desmoronarse.

Sobre la puerta del edificio –enhiesto en medio de la estrecha vega como si hubiese brotado allí mismo, réplica pétrea y maciza de los chopos que agrupaban sus troncos junto al río- se encontraba lo que para Santos y sus paisanos era el tesoro del patrimonio artístico de la comarca: una talla en piedra que representa una figura humana enfrentada a un dragón alado de larga cola enroscada -culebrón lo llamaban en el pueblo- y entre ambos un objeto cilíndrico, aplastado, marcado en su superficie con una gran cruz. Toda la escultura era muy tosca y el dragón carecía de cabeza, pero nadie la echaba en falta, e incluso su ausencia servía para dar énfasis al habla habitual por medio de algunos latiguillos: "De cuando el culebrón perdió su cabeza", se decía por ejemplo para señalar algo muy remoto en el tiempo, o "Hay quien muerde con el cuello cortado", para indicar que ningún enemigo, o amenaza, debía menospreciarse.

Aquella imagen en piedra del enfrentamiento entre el dragón y el caballero estaba relacionada con una vieja leyenda del valle, la de un cule-

brón monstruoso que exigía como tributo para no comerse a los seres humanos sus ganados y rebaños, y que acabó devorando hasta los conejos y las aves de corral. Además, en tiempos del culebrón el valle estaba lleno de niebla y había terribles tormentas. Sólo San Lorenzo, que por allí llamaban Llaurente, pudo terminar con él, haciéndole comer una enorme torta de olor y aspecto apetitoso rellena de hierro al rojo. "Gracias a San Llaurente el valle se libró del culebrón. Por eso los pusieron ahí". "¿Y qué pasó con la cabeza del culebrón?" "¡Vete tú a saber! ¡Esos bichos del diablo, aunque sean de piedra, están mejor con la cabeza cortada!"

La dueña de la casa cuyas habitaciones alquilábamos durante aquellos meses, creo que se llamaba señora Trini, me dio más información: "Dicen que después de la muerte del culebrón volvió la paz al valle, pero que cuando pusieron esa talla en el Torreón las cosas volvieron a torcerse, y que se multiplicaban los lobos, y los malos partos, y había muchas tormentas, rayos dañinos, pedrisco, qué se yo. Hasta que alguien decidió descabezar al culebrón. Eso dicen, o decían los mayores que decían, cuando yo era niña."

Había pasado ya la virgen de agosto y la fiesta de san Roque, festejos muy humildes, cuatro o cinco bombillas iluminando una pista de hierba donde bailaban mozos y mozas al compás de un trío de músicos desafinados, un cobertizo endeble en que se vendían bebidas y embutidos, un tiro al blanco con las escopetas de aire comprimido más desvencijadas que he conocido en mi vida. Se iba aproximando septiembre, y el momento de regresar a la ciudad, cuando encontramos la cabeza del dragón. Habíamos dedicado al rescate media mañana, y era ya la hora de comer. Sobre la hierba de la orilla, la cabeza tenía aire vivo, pero también una mueca malévola que mostraba el éxito del artista que la había tallado.

- ¿Qué vamos a hacer con ella? –pregunté, y Rodrigo se quedó otra vez en silencio, con la mirada perdida sobre la superficie del río.

- Pues qué vamos a hacer- dijo al fin, echándose a reír. -Volverla a poner en su sitio.

- ¿Nosotros?

- Pues claro, nosotros, quién si no. La hemos encontrado, la colocamos.

Como era bastante habitual, en el Torreón no había nadie trabajando. Subimos al andamio y comprobamos que la cabeza se ajustaba a la quebradura de la imagen. Parecía como si Rodrigo hubiese manipulado cemento antes de aquella vez, pues mezcló el polvo con arena y agua con mucha soltura, hasta hacer una papilla que colocó con las manos en el lugar correspondiente de la talla, al lado de la figura de la torta, antes de poner encima la cabeza.

- Ahora, a esperar que seque.

En aquellos días del mes el tiempo empezaba a cambiar, y esa tarde un montón de nubes negras asomaba por el norte, detrás de los montes. Cuando bajábamos del andamio resonó un trueno lejano, y a la hora de comer cayó sobre el pueblo una tormenta fortísima, con muchos relámpagos, que estuvo encima casi dos horas, antes de alejarse.

Aunque no me lo decía, Rodrigo estaba deseando hacer público el hallazgo y aquella misma tarde, en cuanto encontramos al señor Santos, comenzó a contárselo muy nervioso. Pero el señor Santos, siempre tan cachazudo, mostraba esa vez una excitación consternada. Al parecer, uno de los rayos de la tormenta había matado a un pastor del pueblo vecino, y no era capaz de hablar de otra cosa. Le acompañamos mientras comunicaba a voces la noticia, y cuando terminó su ronda le hicimos conocer el resultado de nuestros buceos en la poza de la peña. Hubo en su mirada un brillo desconcertado y luego nos acompañó al Torreón sin hablar, y siguió en silencio buen rato después de contemplar aquella cabeza vuelta a colocar en su sitio después de tantos años, o siglos, que resaltaba mucho en el conjunto por la suciedad que había ennegrecido sus hendiduras y la blancura que había abrillantado sus salientes.

La recuperación de la cabeza fue acogida en el pueblo con bastante frialdad. Con los años, he descubierto en algunas reacciones un significado que va más allá del humor que entonces se me manifestaba como su única sustancia. La mujer que nos alquilaba la casa, aquella señora Trini, o Feli, que ya conocía la novedad cuando llegué a cenar, me miró muy fijamente:

" Mejor que en el río hubierais buscado en el monte, a ver si encontrabais carbón y salíamos de pobres", dijo. También el señor Santos, cuando había salido de su mutismo, hizo una reflexión oscura: "Mira que ir a encontrar eso, con la cantidad de cosas valiosas que andan por ahí perdidas".

Siguieron unos días bastante raros, y parecía que había terminado la apacibilidad del tiempo veraniego. Las tormentas no cesaron –una causó un gran incendio en la comarca- y la abundancia de los chaparrones produjo una riada imprevista que ocasionó daños en la vega. Fue entonces cuando una mujer, una tarde, mientras Rodrigo y yo callejeábamos, nos increpó desde una ventana: "Quien busca lo que no debe, encuentra lo que no conviene", dijo.

Desde que habíamos repuesto la cabeza en aquel muñón pétreo y la gente del pueblo había mostrado tan poco entusiasmo, yo me sentía bastante desasosegado, en el resquemor de ser culpable de algo indebido. Al fin le confesé mis escrúpulos a Rodrigo, que me mostró una vez más la desdeñosa consideración que le merecían mis sentimientos.

- No me digas que también tú eres como esas viejinas supersticiosas.

- Podíamos habérsela dado a ellos, y que la volviesen a colocar o no, que hubiesen hecho con ella lo que mejor les pareciese.

- No digas pijadas. Si la quieren quitar, que la quiten.

Cuando terminaba el mes, Rodrigo regresó a la capital. A mí me quedaban aún unos cuantos días en el pueblo. El segundo día en que estaba solo, cayó una granizada terrible, nunca vista, según la opinión de la gente, y decidí hacer lo que Rodrigo no me había dejado cuando estábamos juntos.

Fui al Torreón una tarde. El cielo se estaba cubriendo otra vez de nubarrones y había en la vega ese silencio espeso como el sueño que suele anteceder a las tormentas. Hasta los pájaros callaban. A aquella hora nunca estaban los albañiles y trepé por los andamios hasta llegar a la talla. Vista de cerca, la cabeza del dragón parecía una amenaza real. Unos cuantos gol-

pes con una tabla fueron suficientes para desprenderla, lo que denunció la poca destreza de Rodrigo como albañil. Casi al tiempo empezó a descargar la tormenta, y me quedé en el Torreón, bastante asustado ante la chopera brillando bajo los relámpagos, el sucesivo tronar ensordecedor, las rachas de lluvia espesas como niebla. Un rayo hizo derrumbarse entre chispazos uno de los chopos cercanos, tras un crujido que parecía la queja ante la ferocidad del ataque.

Esperé a que la tormenta se alejase y me encaminé sin titubeos hacia el río, chapoteando en los prados empapados. No volví a aquella poza en que la uniformidad de los cantos hacía tan evidente la presencia de un objeto distinto: me dirigí a otra poza aguas abajo del molino, un lugar profundo de aguas remansadas y con mucho cieno en el fondo. Arrojé la cabeza al agua y sentí que mi desasosiego desaparecía.

La mañana siguiente estuve buceando en aquel lugar: la cabeza había caído con las fauces hacia abajo, y el cuello roto apenas sobresalía del fondo barroso. Lucía otra vez el sol. Hasta que regresé a la ciudad, dos o tres días más tarde, no volvió a haber tormentas.